



Jornada Mundial de los Abuelos y de los Mayores 2024

Subsidio litúrgico

IV Jornada Mundial de los Abuelos y de los Mayores

Cuarta Jornada Mundial de los Abuelos y de los Mayores (pontificia).

En el domingo 28 de julio de 2024, XVII Domingo del Tiempo Ordinario, ciclo B, solemnidad.

Este subsidio se puede utilizar también en el viernes 26 de julio de 2024, san Joaquín y santa Ana, memoria, abuelos de nuestro Señor Jesucristo.

También puede ser utilizado en otro día de la semana, proclamando, si así está permitido, las lecturas de la memoria de san Joaquín y santa Ana, según las indicaciones de la Ordenación General del Misal Romano (cf.: 352-363).

I.- Ritos iniciales

Monición de entrada

El sacerdote celebrante, después de signarse y saludar al pueblo, dice la siguiente introducción al acto penitencial:

Queridos hermanos:

Celebramos hoy la cuarta Jornada Mundial de los Abuelos y de los Mayores, recordando a san Joaquín y santa Ana, padres de la Virgen María y abuelos maternos de nuestro Señor Jesucristo. El Papa Francisco ha elegido como lema para este año: «En la vejez no me abandones» (cf. Sal 71,9), recordándonos el gran drama que sufren muchos ancianos nuestros, que se sienten abandonados por su familia, sus amigos, sus seres queridos en los últimos años de su vida.

A todos nosotros nos incumbe el cuidado amoroso y solícito por nuestros hermanos de mayor edad, especialmente por nuestros abuelos y familiares, para que se sientan amados y acompañados. Por eso, vamos a tener un recuerdo muy especial por todos ellos, dando gracias a Dios por todo lo que ellos nos han dado y nos siguen ofreciendo hoy en día. También vamos a pedir para que Dios les otorgue una feliz ancianidad vivida en compañía de sus familiares y seres queridos.

Por eso, para disponernos adecuadamente a esta celebración, vamos a reconocer nuestros pecados y a perdonarnos unos a otros, como nuestro Señor Jesucristo nos mandó, para que encuentre siempre abiertos nuestros corazones para recibir su ternura y su misericordia.

(Silencio)

Tú, que nos das el don del perdón y de la misericordia. Señor, ten piedad.

℞. Señor, ten piedad.

Tú, que nos diste ejemplo de gratitud y obediencia a Dios Padre. Cristo, ten piedad.

℞. Cristo, ten piedad.

Tú, que aceptas nuestra acción de gracias por todos tus dones. Señor, ten piedad.

℞. Señor, ten piedad.

Dios todopoderoso
tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados
y nos lleve a la vida eterna.

℞. Amén.

En el domingo, se recita o canta el “Gloria”.

Oración colecta

En el XVII Domingo del Tiempo Ordinario, solemnidad:

Oh, Dios, protector de los que en ti esperan
y sin el que nada es fuerte ni santo;
multiplica sobre nosotros tu misericordia,
para que, instruidos y guiados por ti,
de tal modo nos sirvamos de los bienes pasajeros
que podamos adherirnos ya a los eternos.
Por nuestro señor Jesucristo.

En la memoria obligatoria de san Joaquín y santa Ana:

Señor, Dios de nuestros padres,
tú concediste a los santos Joaquín y Ana
la gracia de que naciera de ellos
la Madre de tu Hijo encarnado,
concédenos, por la plegaria de ambos,
la salvación prometida a tu pueblo.
Por nuestro señor Jesucristo.

O la de la Misa “Por los familiares y amigos”, incluso el domingo: cf.: Misal Romano n. 374.

Oh, Dios,
que, por la gracia del Espíritu Santo,
has infundido los dones de la caridad
en el corazón de tus fieles;
concede a tus siervos,
para quienes suplicamos tu clemencia,
la salud del cuerpo y del alma,
para que te amen con todas sus fuerzas
y realicen con todo amor
lo que es de tu agrado.
Por nuestro Señor Jesucristo.

II.- Liturgia de la palabra

Ideas para la homilía

Queridos hermanos:

Estamos celebrando la cuarta Jornada Mundial de los Abuelos y de los Mayores, en el entrañable recuerdo de san Joaquín y santa Ana, los padres de la Virgen María, los abuelos maternos de nuestro Señor Jesucristo.

«En la vejez no me abandones» (cf. Sal 71,9), éste es el tema de este año: un ruego, una súplica que nuestros mayores, nuestros abuelos, nos dirigen para que siempre estemos con ellos, cuidándolos, acompañándolos.

Cuando nuestra edad va avanzando y nuestras fuerzas se debilitan, cuando nuestros cuerpos aquejan los muchos años y nuestras mentes van perdiendo capacidades, es cuando más necesitamos la compañía de nuestros seres queridos.

A lo largo de nuestra vida, nos hemos alegrado en la cercanía y amistad de nuestra familia y de nuestros amigos: desde nuestra infancia y juventud, pasando por nuestra madurez. Siendo niños, disfrutamos de nuestros padres y abuelos. Después, de nuestros padres e hijos. Más adelante, de nuestros hijos y nietos. Necesitamos sentirnos queridos y amados, dar y recibir nuestro afecto y cariño a quien vive con nosotros.

«No es bueno que el hombre esté solo» (Gn 2,18), dice la Escritura. Es muy cierto, no podemos vivir solos, ni cuando somos jóvenes, ni cuando dejamos de serlo; pero aún es peor cuando somos muy mayores: la soledad del anciano es terrible.

Por eso, nuestros abuelos y ancianos pueden verse abocados a implorar, a suplicar a su familia y amigos, a sus seres queridos: «en la vejez no me abandones», porque se sienten desplazados de la vida de sus familiares, porque notan ser una molestia, una carga, para sus allegados, porque no se sienten bien amados por quienes los deberían amar.

No existe ningún lugar mejor para pasar los últimos años de una larga vida, que disfrutarlos en su propio hogar, rodeado y cuidado por sus seres queridos. Qué mayor felicidad que vivirlos gozando de la compañía de los que son de su propia carne y sangre. La feliz ancianidad —que todos queremos un día disfrutar— demanda sentirnos acompañados por quien nos ama. No podemos olvidar que «la felicidad consiste en amar y ser amado» (Francisco): en amar a Dios y en amar al prójimo, en sentirnos amados por Dios y, también, en sentirnos amados por el prójimo.

«En la vejez no me abandones» —dice la Escritura—, «quédate conmigo, no me dejes de amar, necesito sentir tu compañía, tu afecto, tu ternura, tu amor» —dicen muchos de nuestros ancianos—: es la petición desconsolada que nos dirigen con sus ojos cansados, con su mirada suplicante, con sus manos temblorosas, con sus labios silenciosos.

A veces, sufren la reclusión del abandono en la soledad de su propio domicilio, sin nadie que viva con ellos, que les dé el afecto y ternura que todos necesitamos a diario. Otras veces, lo es en una residencia de ancianos —tal vez muy bien atendidos y cuidados profesionalmente— pero sin recibir las visitas de sus familiares, amigos y conocidos; conviviendo con muchas personas, pero sintiéndose profundamente solos, porque les falta ese cariño, esa ternura que desearían recibir de aquellos a los que aman.

Dios nos llama a escuchar —en lo más profundo de nuestro corazón, de nuestra alma— ese lamento silencioso de tantos hermanos nuestros que se sienten solos y no queridos. De darles ese amor, ese cariño, que ellos nos dieron primero. De acompañarles en esa última etapa de su vida.

No es suficiente que visitemos ocasionalmente a nuestros mayores, en las residencias o en sus casas, como cumpliendo mínimamente un deber. Ellos necesitan no solamente ser visitados, sino ser acompañados, ser amados.

La perfección del amor filial se alcanza en el cuidado —tierno y afectuoso, continuo y abnegado— de los hijos y de los nietos a sus mayores, a sus abuelos, a sus ancianos: ¡en su propio hogar, en medio de los suyos!

Dios continuamente nos está llamando a ser perfectos en el cumplimiento del Cuarto Mandamiento de la Ley de Dios. Como muy bien dice el libro del Eclesiástico: «Hijo, cuida de tu padre en su vejez y durante su vida no le causes tristeza. Aunque pierda el juicio, sé indulgente con él y no lo desprecies aun estando tú en pleno vigor. Porque la compasión hacia el padre no será olvidada y te servirá para reparar tus pecados. En la tribulación el Señor se acordará de ti, como el hielo ante el calor así se diluirán tus pecados. Quien abandona a su padre es un blasfemo, y un maldito del Señor quien irrita a su madre» (Eclo 3,12-16).

¡Que Dios nos conceda a todos nosotros la gracia de cuidar en el amor a nuestros ancianos, para que nunca se sientan abandonados sino, al contrario, bien acompañados todos los días de su vida!

III.- Oración de los fieles

Sacerdote:

Confiando en la ternura misericordiosa de Dios, que siempre está con nosotros, le rogamos por intercesión de san Joaquín y santa Ana, abuelos de nuestro Señor Jesucristo.

Lector:

- Por el Papa Francisco, para que el Señor bendiga y proteja su ministerio, y por la Iglesia, guiada por él, para que sea cada vez más un hogar acogedor para los abuelos y los mayores. Roguemos al Señor.

℟. Te rogamos, óyenos.

- Por nuestras autoridades: para que asistan y protejan a nuestros mayores, ayudándoles en sus necesidades materiales y espirituales, y protegiendo su derecho a la vida y a la salud hasta el fin natural de sus días. Roguemos al Señor.

℟. Te rogamos, óyenos.

- Por todos nosotros, los mayores, para que sigamos mirando hacia el futuro y para que, con nuestra experiencia y nuestras oraciones, sigamos esforzándonos por construir un mundo más fraterno. Roguemos al Señor.

℟. Te rogamos, óyenos.

- Por los jóvenes: para que ofrezcan al Señor el pan de su vitalidad, no guardandoselo para sí, sino entregandoselo a Dios para que Él lo multiplique y el mundo se regocije en la alegría desbordante de un nuevo abrazo entre jóvenes y mayores. Roguemos al Señor.

℟. Te rogamos, óyenos.

- Por todos nosotros, abuelos y abuelas, para que seamos fuente de sabiduría para nuestras familias y aprendamos a transmitir el tesoro de la fe a nuestros nietos y a las nuevas generaciones. Roguemos al Señor.

℟. Te rogamos, óyenos.

- Por las familias: para que unidas en el amor, cuiden con afectuosa generosidad a sus mayores, confortándolos en su ancianidad, y nunca los abandonen ni los olviden. Roguemos al Señor.

℟. Te rogamos, óyenos.

- Por todos nosotros: para que siempre cuidemos y acompañemos a nuestros hermanos mayores con la ternura y el cariño que ellos nos han dado primero. Roguemos al Señor.

℟. Te rogamos, óyenos.

Sacerdote:

Dios, Padre misericordioso, que suscitas en medio de tu Iglesia el testimonio y la intercesión de los padres de la Virgen. Que la vida de san Joaquín y santa Ana nos aliente y nos estimule a los abuelos, y a todos nosotros, a transmitir la ternura de la fe y el amor a Dios a cuantos nos rodeen. Por Jesucristo nuestro Señor.

℟. Amén.

IV.- Liturgia eucarística

Del XVII Domingo del Tiempo Ordinario, solemnidad.

O bien: de san Joaquín y santa Ana, memoria.

V.- Ritos de conclusión y despedida de la asamblea

Oración después de la comunión

En el XVII Domingo del Tiempo Ordinario, solemnidad:

Hemos recibido, Señor, el santo sacramento,
memorial perpetuo de la pasión de tu Hijo;
concédenos que este don,
que él mismo nos entregó
con amor inefable,
sea provechoso para nuestra salvación.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

En la memoria obligatoria de san Joaquín y santa Ana:

Oh, Dios,
tú has querido que tu Unigénito naciera de los hombres,
para que los hombres renaciesen de ti
por un sacramento admirable,
concédenos, por tu misericordia,
que cuantos hemos sido saciados con el pan de los hijos
seamos santificados por el espíritu de adopción.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

O la de la Misa “Por los familiares y amigos”, incluso el domingo: cf.: Misal Romano n. 374.

Después de recibir los santos misterios,
te rogamos, Señor,
que concedas a tus siervos,
a quienes concediste que nos amaran,
el perdón de sus pecados, consuelo en la vida
y tu amparo constante,
para que todos nosotros,
sirviéndote con un mismo corazón,
merezcamos reunirnos con gozo en tu presencia.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

Bendición

De la memoria de san Joaquín y santa Ana:

El Señor esté con vosotros.

℟. Y con tu espíritu.

Dios, gloria y felicidad de los santos,
que os ha concedido celebrar hoy
esta festividad de san Joaquín y santa Ana,
abuelos de nuestro Señor Jesucristo,
os otorgue sus bendiciones eternas.

℟. Amén.

Que por intercesión de san Joaquín y santa Ana
os veáis libres de todo mal,
y, alentados por el ejemplo de sus vidas,
perseveréis constantes en el servicio de Dios y de los hermanos.

℟. Amén.

Y que Dios os conceda reuniros con los santos
en la felicidad del reino,
donde la Iglesia contempla con gozo a sus hijos
entre los moradores de la Jerusalén celeste.

℟. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠, y Espíritu Santo,
descienda sobre vosotros y os acompañe siempre.

℟. Amén.

En el tierno recuerdo de los abuelos de nuestro Señor Jesucristo, no dejamos de sentirnos también queridos por su hija, la santísima Virgen María, Madre de Jesús y Madre nuestra; para ella es ahora nuestro afecto y nuestra invocación. Que al separarnos permanezcamos unidos en el mismo amor que ella y sus padres nos tienen y que refleja la misericordia eterna del amor de Dios. Id en paz y anunciad a todos la alegría del Señor, que es nuestra fortaleza.

Podéis ir en paz.

℟. Demos gracias a Dios.

Canto a la Virgen.

Oración
por la IV Jornada Mundial
de los Abuelos y de los Mayores
2024

Señor, Dios fiel,
Tú que nos has creado a Tu imagen,
Tú que nunca nos dejas solos
y nos acompañas en cada estación de la vida,
no nos abandones, cuida de nosotros
y concédenos, una vez más
descubrirnos como hijos tuyos.

Renueva nuestros corazones con tu Palabra
y no permitas que nadie sea descartado.

Que tu Espíritu de amor
nos configure con tu ternura
y nos enseñe también a decir:
«¡No te abandonaré!»
a quienes encontremos en nuestro camino.

Que tu Hijo amado nos ayude
a no perder el gusto por la fraternidad y
a no aceptar el triste conformismo de la soledad.

Ayúdanos a mirar el futuro
con renovada esperanza
y haz que la Jornada Mundial
de los Abuelos y de los Mayores
sea un día sin soledad,
primicias de tu paz.

Amén.